

PRESENCIA VIVA

Gonzalo Portocarrero

Más que para lamentar una pérdida estamos aquí, como lo ha señalado nuestro decano, para recordar una presencia, para ensayar un inventario del legado que nos deja la vida fecunda de Alberto Flores Galindo.

Legado múltiple como fue su vida. Tenemos primero su obra. Sus libros, sus discípulos, las organizaciones que animara y, claro está, su familia: Cecilia, Carlos y Miguel. Pero más allá de su obra tenemos su espíritu, un conjunto de actitudes que trasciende la obra aunque se encuentre cristalizado en ella. Quienes no lo conocieron podrán intuir ese espíritu en cada uno de sus escritos, los que estuvimos cerca de él hemos podido sentirlo en la vida de todos los días: en el cuidado de sus relaciones personales y afectivas, en la manera como se entregaba a colegas y discípulos. En lo que sigue trataré, desde mi punto de vista, necesariamente parcial y subjetivo, de describir algo de ese espíritu. Me preguntaré por los rasgos que hicieron de Tito alguien tan especial y hasta enigmático.

Para llegar al primero de esos rasgos tenemos que partir de la extensión y calidad de su obra. Siete libros, un número considerable de ensayos, artículos periodísticos, discípulos, tesis asesoradas, organización de eventos y revistas. Todo esto en unos 15 ó 20 años. ¿Como pudo hacer tanto? La primera respuesta es talento y trabajo, esfuerzo y constancia. Pero eso no basta, es superficial. Detrás había entusiasmo, optimismo, imaginación. Una vehemencia creadora.

En un país dominado por el pesimismo, la cortedad de miras y el desánimo, donde siempre se confunde lucidez con escepticismo, Tito era una excepción. El optimismo y la imaginación deben ser entendidos como la cara y el sello de una misma actitud. La imaginación,

el correlato a nivel de pensamiento de lo que es el optimismo como sensibilidad. Mientras que el pesimismo oprime la imaginación y se queda en el constatar la crisis y predicar la imposibilidad, el optimismo afirma y trasciende, estimula la imaginación y la vida. Allí donde encuentra un callejón sin salida retorna a la última encrucijada y busca otro camino.

El optimismo no era en su caso hijo de la ingenuidad. Tito tenía una conciencia muy aguda de la dimensión de los problemas peruanos, de su raíz histórica, de sus complicaciones presentes. Era una actitud sobrepuesta, en lucha contra la resignación. Una suerte de no conformarse, de apostar siempre por el sí, como él dijera de Jorge Basadre.

De allí la importancia central que diera a la utopía. *"Sólo actuamos bajo la fascinación de lo imposible"*, dice Cioran. Tito entendía que para lograr un cambio social que no fuera la simple inversión de posiciones, la generación de una nueva capa de privilegiados, la utopía es imprescindible. Para esforzarnos, para movilizarse, los hombres y los pueblos necesitamos intuir una imagen seductora de nosotros mismos. Sólo así nos sustraemos de la apatía y nos ponemos en marcha. Para imaginar este futuro tenemos que liberar nuestros deseos. No basta con ratificarnos en nuestros valores. Es en la creación artística, donde, aligerada la gravedad de lo que existe, se descompone la realidad y se la reconstruye según las indicaciones de nuestros sentimientos más fundamentales, de nuestros temores y esperanzas. No es gratuito que Tito dedicara sus últimos años al análisis de la obra de Arguedas, hombre perplejo y de una sensibilidad extraordinaria. Inventor de mundos que nunca llegó a vivir pero que pudo imaginar como plenos y felices. Mundos imaginarios, refugios de la tristeza pero también avanzadas del futuro.

El segundo rasgo es su apertura al otro, su modo de relacionarse con la gente. Como lo ha recordado Reynaldo Ledgard, Tito confrontaba a la gente consigo misma. Exigía ser consecuente. Ello implicaba, por lo general, que sus amigos nos sintiéramos estimulados, comprometidos con la buena imagen que tenía de nosotros. No se dirigía pues a nuestras miserias para establecer so pretexto de consuelo, una complicidad en la apatía. Se comunicaba sobre todo con nuestros aspectos más fuertes. Los consolidaba. Otro tanto aunque quizá en menor

escala sucede con sus lectores. La prosa de Tito traduce su modo de ser: ágil y nerviosa, apasionada y contenida al mismo tiempo. Sus escritos convocan sentimientos definidos, aquellos que suelen producir orgullo y compromiso. Típicamente la indignación y la esperanza, el voto en contra y la propuesta a favor.

No es entonces casualidad que Tito fuera una persona tan querida. No sólo el reconocimiento y admiración que puede suscitar una obra extensa y de primera calidad. También el sentirnos involucrados en ella, el ser, en alguna medida al menos, sus partidarios.

El afecto, la expresión de la importancia que tenía para nosotros, se hizo evidente con motivo de su enfermedad. De todos lados surgieron muestras de solidaridad. La corriente de simpatía hacia él continúa; se hace visible en el sinnúmero de artículos publicados en diarios y revistas en torno a él y su obra. Inspira también un acto como éste que es desde luego una renovación de su presencia.

Esta sensibilidad hacia el otro, esta posibilidad de captarlo en sus mejores posibilidades está detrás del descubrimiento que junto con Manuel Burga hiciera de la utopía andina. Ello implicó, para empezar, trascender el racismo, esa vertiente opuesta a la utopía andina, como él lo definiera. Sacudirse de prejuicios firmemente arraigados que desvalorizan lo indígena primero y luego lo popular. En medio de la oprobiosa dominación colonial los hombres andinos pudieron afirmar una esperanza. No se hundieron totalmente en el desánimo. Conservaron algo de su orgullo y autoestima. Identificaron la sociedad ideal con el imperio incaico y esperaron el regreso del Inca como el resurgimiento de un orden donde el país les volviera a pertenecer. Aunque Tito no considerara ya válida la propuesta simpatizaba con la inconformidad y rebelión que ella suponía. El pensaba que este espíritu utópico debería aliarse con el socialismo para generar nuevos ideales nacionales. O, para decirlo, con sus palabras: *"necesitamos una utopía que sustentándose en el pasado esté abierta al futuro, para de esa manera repensar el socialismo en el Perú"*.

Si pasamos a revisar su obra nos encontramos primero con su labor de historiador y periodista. Tito abarcaba temas y épocas inusualmente variados. Desde la conquista hasta el presente, desde la historia económica hasta el análisis de ideas y obras de arte. Obra

extensa que supuso una formación teórica sólida de la que nunca hizo alarde pero que lo comprometía con un permanente esfuerzo de actualización. Al lado de preocupaciones eruditas cultivó inquietudes filosóficas. El marxismo, el psicoanálisis, aún la teoría sociológica, todos estos campos le interesaron vivamente.

Caracterizaba a Tito el empeño de ir al fondo de las cosas, el no agotarse en los clichés. Quizá sea éste el factor explique que Tito no se dejará seducir totalmente por el encanto de las modas. Cuando, por ejemplo, una visión cuantitativista y censal se puso en boga en el tratamiento de las clases sociales por la influencia estructuralista; él, en los inicios de su carrera, en 1971, en su tesis sobre los trabajadores de la Cerro, insistió en que ellos tenía una historia y un rostro. Eran sobre todo campesinos que se proletarizaban muchas veces sólo en forma temporal. Inmediatamente decide trabajar una reconstrucción histórica de la sublevación de Túpac Amaru. No llegó a terminar un libro sobre el tema aunque si varios ensayos y reseñas. Le paso el encargo a Scarlett O'Phelan.

En los años siguientes, hacia mediados de los 70s, publica un libro sobre el Sur Andino y comienza a interesarse en las ideas políticas y la historia contemporánea. Es de esta época su acercamiento a Mariátegui y el libro que con Manuel Burga escribiera sobre la república aristocrática. Siguiendo a José Aricó entendió la originalidad de Mariátegui como resultado de un pensamiento que es consciente de la tradición que lo fundamenta, de las circunstancias en que se produce. En el Perú el socialismo no podría ser igual al modelo imaginado por los europeos. Para empezar el Perú era un país rural y andino. Los campesinos, los hombres andinos eran el contingente demográfico más importante. Un proyecto socialista no debería olvidarlos. Tampoco a su cultura, base fundamental de la originalidad peruana. Es en esta cultura que deberían encontrarse las claves que permitieran construir una sociedad nueva y distinta.

El camino al estudio de la cultura andina estaba ya trazado. La amistad con Pablo Macera lo terminó de persuadir de la necesidad de estudiar este mundo. Consciente de sus limitaciones, Tito era criollo y no hablaba quechua, escogió estudiar el imaginario colectivo y los movimientos sociales, la utopía andina. Es en esta época que se produce su aproximación al Psicoanálisis mediante su amistad con César

Rodríguez Rabanal y Max Hernández. Se familiarizó con instrumentos que le permitieron explorar con más profundidad la subjetividad individual y colectiva. Sueños, leyendas, cuentos. Resultado de este esfuerzo es su libro más logrado *La utopía andina*.

Si repasamos su itinerario intelectual encontramos dos grandes preocupaciones: los movimientos sociales y las ideas políticas; esto es dos facetas de lo mismo: el cambio social. El sujeto de un lado y las ideas que lo guían e inspiran, del otro. Para Tito, como lo ha señalado Nelson Manrique, la vocación científica y el compromiso político podían ser esfuerzos convergentes, que se fecundan mutuamente.

La labor de organizador fue cada vez más importante en su vida. Fue editor o miembro del comité editorial de revistas como *Debate en Sociología*, *Alpanchis*, *La Revista* y *La Revista Andina* que publicara junto con Enrique Urbano y Marisa Remy. Hacia el final de su vida, ya poseedor de una amplia capacidad de convocatoria, se convierte junto con Gustavo Buntinx, Peter Elmore e Inés García, en fundador y promotor de *Sur*, Casa de estudios del socialismo. Espacio de articulación entre trabajadores e intelectuales, lugar de convergencia entre movimiento social e ideas políticas.

Las virtudes que hace al buen investigador no son necesariamente las que convierten al buen profesor en maestro. Al contrario hay cierta tensión entre ellas. Muchos investigadores apenas se consagran dejan atrás la docencia universitaria. Consultorías, eventos, becas e invitaciones fuera del país terminan por apartarlos de los claustros. Muchos piensan que las aulas no son ya las cajas de resonancia que sus trayectorias demandan. Se produce entonces una ruptura en el diálogo intergeneracional. Este no fue el caso de Tito. No descuidó la enseñanza e hizo escuela. Asesoró monografías, memorias y tesis. Aspiró a un equilibrio en el uso de su tiempo que no excluyera a estudiantes y jóvenes investigadores. Trataba de que los estudiantes pensarán por sí mismos, que fueran críticos y motivados aún cuando ello significara controversias y desacuerdos.

En la vida institucional debe recordarse su desempeño como Coordinador del Post-Grado de Sociología. Convocó a profesores y estudiantes para actualizar el currículum. Fue partidario de priorizar el trabajo de campo y la investigación.

Finalmente quisiera referirme a su carta de despedida. Aunque recoja las inquietudes de toda su vida se trata de un documento escrito hacia diciembre del año pasado, cuando Tito sabía que le quedaban pocas semanas de vida. Son muchos los temas que toca y quisiera mencionar sólo dos. El primero es el carácter subversivo del documento, hecho subrayado hace poco por un estudiante. Un alegato contra el conformismo, una abierta defensa de la posibilidad. Si en sus análisis históricos Tito criticó siempre al determinismo y se detuvo para examinar las posibilidades no realizadas, en sus preocupaciones por el futuro la dimensión de lo posible aparece como llamado a la imaginación y el compromiso. Después de todo la conciencia de estar en crisis puede ser la forma más eficaz de perpetuar la propia crisis. El segundo tema es el de la amistad. En un artículo de remembranza, Alberto Adrianzén ha recordado como, gracias a la sabiduría que dan los años, Tito aprendió a colocar la amistad por encima de las diferencias. En su carta de despedida escribe una frase enigmática: "discrepar es otra forma de aproximarnos". Hay en esta frase una forma de entender el diálogo. Sospecho que Tito se quería referir a que el intercambio implica internalizar al otro, incorporar sus razones, sentirlo entonces parte nuestra. En este sentido Tito va a estar siempre con nosotros.